

PINTURA MURAL DE HIDALGO DE CAVIEDES

Oct 1937



Los personajes que componen esta obra, los describió exactamente el P. Francia, Rector del Colegio de Belén en unas bellísimas cuartillas que leyerá la tarde en que quedó inaugurada.

La figura central, dijo el P. Francia, es la Santísima Virgen con el divino Niño en brazos, en el misterio titular de este colegio. En actitud verdaderamente extática aparece a su lado San José, celestial abogado que tantas veces lo ha amparado en situaciones críticas y angustiosas. A la derecha, San Ignacio, del cual Hidalgo de Caviedes, conservando los rasgos tradicionales, ha sabido hacer una figura enteramente original; San Francisco de Borja, austero y contemplativo, que siendo Superior General envió los primeros misioneros jesuitas a las Antillas y Centroamérica. Los Santos Jóvenes Luis

Gonzaga y Estanislao de Kostka, modelos y patronos de las dos congregaciones Marinas establecidas en el Colegio. San Pedro Claver, Apóstol de los esclavos negros. San Roberto Belarmino, representante de la ciencia de la Compañía de Jesús. Y, por último, el Padre Munar, fundador del Colegio de Belén y su primer rector. Todos ellos personifican la devoción tradicional de la Compañía de Jesús hacia la Santísima Virgen.

A la izquierda: Cristóbal Colón, Fray Bartolomé de las Casas, Diego de Velázquez, Agüero, que tanto trabajó por la liberación de los esclavos, el Padre Varela, y el Dr. Finlay, médico por muchos años del Colegio de Belén, quien tuvo la primera idea de su portentoso descubrimiento, rezando el Rosario de la Santísima Virgen.

El Dr. Luis de Soto y Sagarra crítico de arte que es ciertamente uno de los más sólidos valores cubanos, con motivo de inaugurarse la magnífica obra pictórica ejecutada en la Capilla del Colegio de Belén por el artista español Hipólito Hidalgo de Caviedes, pronunció unas palabras que nos complacemos en reproducir íntegramente para regalo de nuestros lectores.

Hidalgo de Caviedes al llegar a la Habana, procedente de los Estados Unidos donde acababa de obtener como premio a su talento y sensibilidad artística el galardón que antes recibieran Picasso y Ségonzac, exhibió en los Salones de nuestro Colegio de Arquitectos, algunos de sus mejores cuadros, logrando ver diariamente visitadísima su exhibición.

He aquí las inspiradas palabras del doctor Soto:

Debíamos celebrar de algún modo este año el Sexto Centenario de la muerte de

Ambrosio di Bondone, me decía a mi regreso de Europa José Rubinos, nuestro Padre Rubinos, dos veces nuestro por Profesor en Belén y alumno en el Alma Máter. Y tenía razón: bien merece de los que amamos el Arte un homenaje aquel pintor florentino cuyo sobrenombre de "Giotto" plantó un hito inmortal, hace seis siglos, en los caminos interminables de la Historia del Arte, el hombre que, nacido en pleno siglo XIII—cuando el goticismo alcanzaba su cenit—puso su nota personalísima y única en aquella diana con que la Italia del Trescientos despertó al arte de Europa Medioeval.

Estamos de plácemes, Padre Rubinos, nuestro deseo se ha cumplido. Aquí estamos hoy rindiendo a Giotto el más hermoso homenaje que pudiéramos ofrendarle, porque esta tarde—a través de la distancia del tiempo y el espacio—venimos a inaugurar la obra magnífica de Hipólito Hidalgo de Caviedes, que si es hijo por la sangre de un glorioso artista de España, es por su arte un descendiente del pintor de Vespignano, demostrando con aquella la pujanza de la noble stirpe que enlaza al “frescante” italiano del Trecento con el “fresquista” español del siglo xx.

Y es para mí satisfacción muy honda que sea en esta casa, a la que me vinculan recuerdos siempre vivos de mi mejor edad donde celebremos este acto, tan sencillo de forma como trascendente en contenido espiritual, y que sea en su Capilla, que tiene para mí imborrables memorias, donde quede como exponente del arte actual esta obra de Hidalgo de Caviedes.

“Glosa o evocación de sentimientos históricos”, “Rapsodia retrospectiva y de interpretación al gusto de hoy de evocaciones o aspectos del pasado”: así ha calificado Manuel Abril, en un reciente ensayo crítico de la pintura contemporánea a la decoración mural de Caviedes, y ¡qué bien cuadran esas apreciaciones del conocido crítico a los frescos que esta tarde inauguramos!... Rapsoda taumaturgo, nuestro pintor ha sabido tejer la trama sutil de su composición con tres motivos sin aparente nexo: el grupo tradicional de la Natividad, un retazo de la

Historia de Cuba y una página de los Anales de la Compañía de Jesús, todo ello articulado por su genio creador, que infunde un sentido unitario, artísticamente coherente el contenido heterogéneo del conjunto.

Y este pintor que tantas gallardas pruebas



lleva rendidas de su dominio de la pintura mural, ha tenido el acierto máximo de escoger, de acuerdo con la destinación y el ambiente de su obra, el procedimiento adecuado al carácter y emplazamiento de la misma: el fresco, que es—entre todos los que practica el arte del color—“el más viril, el más seguro, el más audaz y durable”, para usar las palabras de Vasari, uno de los clásicos italianos en la Historiografía del Arte.

Ante ese arco triunfal, animado por Caviedes de vida perdurable, vienen a mi memoria las consideraciones de Charles Blanc: “La pintura al fresco—nos dice—formando un todo con la construcción a que se aplica adquiere la fuerza tranquila, la solidez imponente de aquélla. Parece como si las figuras en vez de estar sobrepuestas cual un adorno exterior se incorporasen a la piedra y como si los sentimientos humanos hubieran penetrado los muros del edificio.” He ahí operado el milagro del Arte: la capilla, un poco anodina bajo su reluciente ropaje renacentista, cobra el prestigio de las cosas vivientes, despertando a la vida espiritual que no conoce de trabas cronológicas, y hay vibración y calor vital en esos muros y como un latido cordial en los arcos,



dinteles y columnas. Colón, Velázquez, Finlay, Agüero, Varela, las Casas, el dolor de una raza que la caridad cristiana conforta, la carabela audaz—símbolo eterno de la aventura—, Ignacio de Loyola, Francisco de Borja, Estanislao de Kostka, Luis Gonzaga, Claver, Belarmino, Munar—estrofas del poema heroico de la Fe, escritas por los soldados de Cristo... y todos avanzando al ritmo de la composición hacia el centro en que se encarna el gran Misterio del Amor—que engarza el Cielo y la Tierra—como impulsados por llamada evangélica: “lleguémonos hasta Belén y veamos la palabra que se ha cumplido”...

Con sencillez de hidalgo—que lo es Caviedes tanto de corazón como de nombre—me admitió el artista a ver su obra todavía en proceso de ejecución, esforzándose— inútilmente—por convencerme de que es exagerado el valor que se concede a esta forma pictórica. Y mientras así me hablaba con toda sencillez este artista, triunfador en su patria y en el extranjero, premiado recientemente en los Estados Unidos con el galardón que antes recibieran Picasso y Ségonzac, cuyo nombre se baraja con las firmas más representativas de la pintura actual, viéndole esparcir los colores con la rápida seguridad que exige el fresco y que revela el dominio de una técnica difícil, yo pensaba en Camilo Bèllanger cuando en relación con la pintura al fresco escribía: “el artista está condenado a llegar ante su muro con una composición definitiva, diseños de carnaciones netos y preciosos, ropaje bien estudiado hasta en sus menores detalles y una coloración general perfectamente pre establecida”. Y recordaba todo lo que esta pintura exige de sus cultivadores, desde la concepción fundamental en que entran en juego el instinto tectónico y el sentido ornamental del pintor cuya obra ha de fundirse con el todo constructivo a que se aplica, pasando las mil etapas en donde hay que plantear y resolver de antemano todos los problemas de dibujo; escorzo, iluminación y colorido (habida cuenta de la *desvalorización* de los



tonos) hasta llegar al fin ante la pared húmeda que ha de *asimilar* el pigmento, para realizar sobre ella en trazos rápidos y certeros, donde no caben titubeos, porque el fresco no permite retocar, borrar ni repintar, la obra que brota con la espontaneidad del boceto y plasma instantáneamente en la perennidad de lo definitivo. “La pintura más bella que se puede soñar”, dijo Gruyer del fresco en su estudio sobre “las obras de arte del Renacimiento italiano”, pero pudo añadir “la más difícil” porque su dominio entraña la maestría.

Por eso adquiere caracteres de acontecimiento en nuestro mundo artístico la realización de esta obra de Hidalgo de Caviedes. No se trata de una pintura más, sino de un jalón en la Historia de la Pintura en Cuba. El fresco que practicado desde la antigüedad dió con Giotto el paso decisivo entre dos edades del Arte del color pasando del medioevo a la época moderna y que vivió días gloriosos con Rafael y Miguel Angel, cobra en la hora que corre el prestigio de sus mejores tiempos; y si la pintura mural en nuestro siglo adquiere nuevo auge al recobrar las amplias superficies que le quitara el gótico y que la Arquitectura actual le devuelve para esparcir otra vez la vida del color sobre los fríos muros, la pintura al fresco va más lejos y más hondo todavía, porque, penetrando en el propio muro se diluye en la esencia arquitectónica misma realizando una vez más la eterna sinfonía del arte en que se funden la línea, el volumen y el color.

LUIS DE SOTO Y SAGARRA